

Y sin comprender Don Carlos  
 Su interrupcion, proseguia  
 Escuchando todavía,  
 Contemplándole á su vez  
 Con tan segura mirada,  
 Que de dudar no habia modo  
 De que estaba en el periodo  
 De su mayor lucidez.

Doc. —Si os canso lo dejaremos:  
 Dijo el doctor frente á frente  
 Mirándole: y el demente  
 Replicó: "no me cansais."

Doc. —¿Comprendeis bien?  
 D. CARLOS. —Os comprendo  
 Perfectamente.

DOCTOR. —¿Os agrada  
 Mi cuento?

D. CARLOS. —No pierdo nada  
 De él ¿porqué no continuais?

Doc. —Porque temia que el hilo  
 De mi cuento estrafalarío  
 Habiais perdido.

D. CAR. —Al contrario:  
 Le sigo con interés.

Doc. —¿Y en verdad os entretiene?

D. CAR.—¡Sí, á fé mia!

Doc. —En ese caso  
 Sigamos, porque ahora viene  
 Lo mejor.

D. CAR. —Pues proseguid.

Quedó el doctor aun un punto  
 Con íntima complacencia  
 Mirándole, y su esperiencia  
 Percibir en el debió  
 Sin duda los buenos síntomas  
 Que espiaba en su semblante,  
 Porque al cabo de un instante  
 Sonriendo prosiguió:

Bautizado Idalkan, fué buen cristiano:  
 Y atento al bien del pueblo y de su alma,  
 A cuanto creyó bien tendió su mano;  
 Protegió á los cristianos misioneros  
 Que al abrir á la fé nuevos senderos,  
 Iban de luz, prosperidad y calma  
 Abriendo en el país hondos veneros;  
 Y atento á sus terrenos intereses  
 Y aconsejado del doctor su amigo,  
 Sus puertas franqueó á los portugueses  
 Y dió en sus plazas al comercio abrigo.  
 Dió proteccion al arte y á la ciencia,  
 Adelantos planteando y novedades,  
 Y derramó la paz, y la opulencia  
 Y el placer por sus campos y ciudades;  
 Iba en suma su reino viento en popa  
 Elevando al nivel de los de Europa.



Pero nadie es feliz sobre la tierra:  
 No hay bien que de algun mal no se acompañe:  
 No hay horizonte que vapor no empañe;  
 Y un gérmen siempre de pesar encierra  
 Y á algun secreto torcedor dá asilo  
 El corazon mas recto y mas tranquilo.  
 Al tomar Idalkan nuestra crëencia,  
 Dió á las costumbres de la vida indiana  
 El sello casto de la ley cristiana,  
 Y comenzó á llevar otra existencia  
 De mas virtud y de moral mas sana.  
 Abandonó la corte y su palacio  
 De Arungabad, y dando nuevo giro  
 A su gobierno, se labró un retiro  
 En la ciudad de Ahmednaggur, situada  
 De una vega férax en el espacio:  
 Que de huertos y bosques alfombrada,  
 Regada por dos rios, y por montes  
 De límpidos y azules horizontes  
 En torno circundada,  
 Se parece á la vega de Granada.  
 Y abandonando á Arungabad, en ella  
 Dejó los sibiríticos placeres  
 De la vida oriental, siguió la huella  
 Cristiana, y adoptó los pareceres  
 De su doctor á quien consulta á solas,  
 Y dió la libertad á sus mugeres,  
 Y al abrirlas su harén enriqueciólas.  
 Una entre ellas habia  
 De estremada beldad y gallardía

A quien amaba el rey: la soberana  
 Del serrallo: judía  
 De fé y de raza: se llamaba Lía;  
 Pero que, asaz esquivá ó virtuosa,  
 Jamás correspondió de buena gana  
 A las caricias de Idalkan. A aquella  
 La dijo al despedirla: "sé cristiana:  
 "Quédate, y serás tú mi única esposa."  
 Mas Lía contestó con aire fiero  
 Y laconismo bárbaro: "no quiero,"  
 Y le volvió la cara desdeñosa  
 Sin recojer su parte de dinero.  
 Arrasáronse en lágrimas los ojos  
 Del rey amante al verla que partía;  
 Y por si fueran de muger antojos  
 Lo que desden ó saña parecia,  
 A un eunuco mandó seguir su paso;  
 Y cuando en sombra se cerraba el dia  
 Envió al doctor á verla, todavía  
 Con la esperanza de que el sábio acaso  
 La convenciera, y á su amor volvía.  
 El doctor la buscó del rey dolido:  
 Mas ya de Ahmednaggur habia partido.  
 Tomó un caballo rápido y siguióla  
 Las huellas el doctor, y la vió al cabo  
 Cruzar los arrabales; iba sola,  
 A caballo, y seguida de un esclavo.  
 Alcanzóla el doctor, y sin dureza  
 Antes bien con cariño—"al fin os hallo,  
 La dijo: al rey volved, que su corona



Os dá y su amor"—mas ella su caballo  
 Parando, replicóle con fiereza:  
 " Yo desprecio su reino y su persona  
 " Porque amo á otro: se lo dije un día,  
 " Y en lugar de apreciar como debía  
 " De mi amor y carácter la entereza,  
 " En el harén espuso mi belleza  
 " Desnuda, y ordenó que me azotara  
 " A un eunuco: en mi espalda todavía  
 " Están rojas las márcas de la vara.  
 " Mi sangre no se paga con riqueza  
 " Y un ultraje tan vil su amor no abona:  
 " Decidle, pues, que acepto su corona,  
 " Pero es si me la dan con su cabeza."  
 Tal dijo; y con un salto repentino  
 Partiendo á escape la feroz judía,  
 Dejó al doctor plantado en el camino.  
 Volvió á palacio al despuntar el día:  
 Por ella el rey á preguntarle vino;  
 Mas cuando el rey le dijo: "¿qué es de Lía?"  
 Dijo el doctor: "partió ¡y al cielo plegue  
 "Que no vuelva jamás y hasta tí llegue!"  
 Costó olvidarla al rey tiempo y trabajo,  
 Y muchas veces distraído anduvo,  
 Melancólico, triste y cabizbajo,  
 Porque un amor hondísimo la tuvo:  
 Mas con el tiempo de olvidársele hubo:  
 Pues de uno ú otro modo,  
 En esta ruin y deleznable vida  
 Con el tiempo á la fin todo se olvida,

Porque el tiempo voraz lo acaba todo.  
 Y corrieron los años tras los años,  
 Y siete ya que gobernaba hacia  
 Idalkan, y feliz se mantenía  
 Con los suyos en paz y los estraños  
 Sin acordarse ya de la Judía,  
 Cuando un rey de Guzárte á quien guerra  
 Hacia Guir, adorador iluso  
 Del fuego, una alianza le propuso  
 Por salvar del idolátra su tierra.  
 Y de lograr su fin con la esperanza.  
 Su apurado vecino proponía  
 Dar á Idalkan en prenda de alianza  
 Una hija muy hermosa que tenía.  
 De oro y de tropas Idalkan sobrado,  
 Sin hijos, pues su harén ha suprimido,  
 Y acaso aun presa del amor pasado,  
 Echó sus cuentas y aceptó el partido  
 Al fin, por el doctor aconsejado.  
 Envió al rey de Guzárte al instante  
 Gran tren de guerra y numerosa gente,  
 Y al doctor del ejército delante  
 Mandó con un magnífico presente  
 Para su hija: y mientras él pujante  
 Del idolátra Guir la buena estrella  
 Hace cambiar en su favor, y bravo  
 Con el refuerzo aliado le atropella,  
 Y le alcanza en la fuga y le hace esclavo,  
 Vuelto el doctor á Arungabad, triunfante  
 Entró en Amednaggur con la doncella.



Y á fé que incomparable en hermosura  
 Es la mujer que la alianza sella:  
 De mirada tan dulce y espresiva,  
 De sonrisa y de voz de tal dulzura,  
 Que á quien habla, sonrie y vé, cautiva;  
 Tan ágil y flexible de cintura  
 Cual rama nueva de jugosa oliva:  
 Y con un nombre que la cuadra tanto,  
 Como si fuera cifra del encanto  
 Que produce: se llama SENSITIVA.

La vió Idalkan y la adoró: el cariño  
 Del rey encendió pronto el amor de ella,  
 Y al verla tan sensible como bella  
 La rodeó de halagos como á un niño.  
 Su amor sencillo y virginal en la alma  
 Del rey echó raíces, como fresco  
 Tallo de nardos en jarron chinesco,  
 O en un oasis solitaria palma.  
 En vez de aposentarla en un palacio,  
 En medio de un jardin, como conviene  
 A la flor casta cuyo nombre tiene,  
 La puso y la dió luz, aire y espacio  
 Para vivir en libertad y holgura  
 Entre flores, rival de su hermosura.  
 Tenia allí en lugar de una áurea sala  
 Un Kiosko que entoldaba y que ceñía  
 Un tejido rosal de Alejandría  
 Y un cerco de rosales de Bengala:  
 Que en árabe (al que son tan naturales  
 Las palabras compuestas, especiales

Para la propiedad y alegoría)  
 Se llamaba este Kiosko iwan-a-urdales,  
 Es decir: *camarin de los rosales*:  
 Voz llena de espresion y poësia.  
 Pronto de aquel amor de pasion lleno,  
 Boton de aquella flor de sávia rica,  
 Un capullo crecer sintió en su seno  
 Que el amor de Idalkan solidifica.  
 Al acercarse el crítico momento  
 De brotar de su amor aquel retoño,  
 Cual la flor de su nombre en el otoño  
 Dobla sus tallos al sentir el viento,  
 Las castas hojas de sus ramas plega  
 Y se estremece cuando á herirlas llega,  
 La SENSITIVA real del modo mismo  
 Al peso del dolor dobló su frente  
 Y del sepulcro se asomó al abismo:  
 Y en aquel punto de su amor ardiente  
 La fé, se abrió á la fé del cristianismo;  
 Pues comprendiendo al fin que su fé indiana  
 Será forzoso que al dejar la vida  
 De ella y el rey la eternidad divida,  
 Su alma para seguir se hizo cristiana.  
 Y Dios que, del amor por complemento,  
 A la virtud de la muger dar quiso  
 El amor maternal, y al sufrimiento  
 De la maternidad un paraíso  
 De sus hijos abrió en el nacimiento,  
 No la quiso negar placer tamaño;  
 Y de nacer la hija en el momento,



Pasó el peligro al disiparse el daño:  
 Y al primer ¡ay! de la recién nacida  
 Volvió la madre á recobrar la vida.  
 Y crecieron al par de salud llenas,  
 Vigor al par cobrando, sus dos vidas,  
 Como dos olorosas azucenas  
 En un tallo no mas al par nacidas.  
 Creció en edad la niña y en belleza:  
 Y así por el lugar dó había nacido  
 Como por heredar la gentileza  
 Del tallo de la flor de que ha salido,  
 Pues tenia su tez alabastrina,  
 Su faz serena y su mirada franca,  
 La pusieron por nombre NASARINA,  
 Nombre que significa ROSA-BLANCA.  
 ¡Cuán felices vivieron ambos reyes  
 Con la princesa y el doctor tres años,  
 En tan bello país, con sábias leyes  
 Con los suyos en paz y los estraños!  
 Mas como dice el árabe " *está escrito:*  
 " *Nadie será feliz sobre la tierra.*"  
 Un dia fatál de la discordia al grito  
 En medio de este edén surgió la guerra.

Fuertes ya los avaros portugueses  
 Dentro de aquella tierra hospitalaria,  
 Su ley, en pró de viles intereses,  
 Tornaron tiranía sanguinaria;  
 Desde las minas de oro hasta las mieses,  
 Desde el templo á la choza solitaria,  
 De todo contra ley se apoderaron

Y hasta el honor de la muger hollaron.  
 Mas tiranía tál siendo insufrible,  
 Hízose el Portugués aborrecible  
 Para el pueblo Indostan; y ardiendo en ira,  
 Mas con la calma de su raza astuta,  
 Desde Coromandel á Cachemira,  
 Desde Cutch y Guzárate á Calcutta,  
 Sagaces en silencio conspiraron  
 Y, maduro su plan, se rebelaron.  
 Cinco reyes entraron en liga  
 Con oro y tropas, y á Idalkan pusieron  
 Por adalid: sin perdonar fatiga  
 El la campaña dirigió: rindieron  
 En combate ó asalto veces muchas  
 Plazas y guarniciones portuguesas;  
 Y vencedor en repetidas luchas  
 Estendió velozmente sus empresas  
 Idalkan, por dó quier teniendo escuchas  
 Y por dó quier haciéndoles sorpresas,  
 Hasta sitiárlas en la misma Gõa  
 A pesar del refuerzo que les trajo,  
 Y que en Gõa metió con gran trabajo,  
 El caballero Atáide de Lisbõa.  
 Y tras un año de valor y afanes,  
 Y despues de un bloqueo de tres meses,  
 A punto estaban de lograr sus planes  
 E iban de la India ya los Indostanes  
 A echar á los rapaces portugueses,  
 Cuando á Dios plugo, ordenador de todo,  
 Concluir esta guerra de otro modo.



Nezim, rey de Lahor y de los cinco  
 Que en la liga pusieron oro y gente,  
 Que por ser de Idalkan deudo y pariente  
 Fué el que mostró en la guerra mas ahinco,  
 A ir una noche le invitó á su tienda  
 A cenar; cortesía inescusable  
 En un país donde un convite es prenda  
 De fé leal y de amistad estable.  
 Fué Idalkan: y al cruzar el campamento  
 Del rey Nezim, en nombre de su amo,  
 Sin decir quién, con grande acatamiento  
 Una esclava gentil le ofreció un ramo  
 De flores: Idalkan iba al momento  
 A compensar su ofrenda generoso,  
 Cuando rápida y ágil como un gamo  
 Huyó en la sombra y se perdió la esclava.  
 Dió Idalkan á un Wazir el oloroso  
 Ramillete á guardar mientras cenaba;  
 Cenó, y á media noche satisfecho  
 A su tienda volvió, pidió sus flores,  
 Las puso en un jarron junto á su lecho  
 De campo, y despidió á sus servidores.  
 Entonces penetró, segun costumbre  
 De tiempo atrás, el médico cristiano  
 En la tienda del rey, quien mano á mano  
 Consultaba con él la muchedumbre  
 De negocios que á un rey sin tregua abruma.  
 Cuando Idalkan con él se encontró á solas,  
 Le mostró aquellas flores que perfuman  
 Su pabellon: el médico tomólas

Y á la luz admirando sus colores  
 Preguntó al rey: "¿leísteis el billete  
 Que os enviaron en este ramillete?"  
 Y sacando un papel de entre las flores  
 Se le fué á presentar: mas en el punto  
 De leerlo Idalkan, de espanto lleno,  
 De horror ahogando en su garganta un grito,  
 Tembló y palideció como un difunto:  
 Y el doctor colocándose junto,  
 Sin respeto á Idalkan, por sobre su hombro  
 Sin poder resistir leyó lo escrito,  
 Quedándose al leer yerto de asombro.  
 Decia: "huid, señor: os han vendido."  
 "Nezim de las tinieblas en el seno  
 "En Göa ha entrado ayer, y prometido  
 "Vivo ó muerto entregaros: dar por bueno  
 "Todo y alzar el sitio, si en partido  
 "Vuestro reino le dan: y han admitido.  
 "Nezim para mataros os convida,  
 "De fé, de honor y lealtad ageno:  
 "No comais ni bebais: os va la vida:  
 "Cuanto os van á servir lleva veneno."

DOCT. —¿Y habeis comido?

IDALKAN. —Sí; pero ¡Dios Santo!  
 Ahora que lo recuerdo....!

DOCT. —¿Qué?

IDALKAN. —Ella era!

Yo la miraba y ella sonreía,  
 Pero reconocerla no podia  
 Bajo de su disfraz, tras tiempo tanto.



DOCT. —¿A quién?

IDALKAN. —A la que el vino me servía.

Es ella, sí.

DOCT. —¿Mas quién es ella?

IDALKAN. —¡Lía!

Quedóse al recordar á la judía  
El doctor como herido por un rayo,  
E Idalkan apoyándose en la mesa  
Dijo con débil voz: "¡yo me desmayo!"  
Acudióle el doctor; mas ya la marca  
De la ponzoña rápida, patente  
Vió en su faz descompuesta; hízole apriesa  
Acostar; mas el rey sobre su lecho  
Esclamó revolcándose: "¡esto es hecho!"  
—Aun nó: dijo el doctor.

—Sí: es evidente

Que es la segunda vez que me envenena.  
(Repuso cadavérico el monarca)

—Yo os salvé la primera. Voy....

—Detente:

Todo es inútil hoy: mi muerte es fija.  
Entre Lía y Nezim.... fuerza es que muera.  
Mas ¿quién sabe su plan á cuánto abarca?  
Abandóname á mí. ¡salva á mi hijal  
Toma mi anillo real, coje la gente  
Que te parezca mas leal, y corre  
A escape á Admednaggur: abre la torre  
Del norte, descerraja mi tesoro,  
Cárgalo en mis camellos,  
Y huye con NAZARINA y SENSITIVA.

Si te persiguen y lidiar con ellos  
No puedes y salvarlas con su oro,  
Mátalas: que ni pobre ni cautiva  
Sea ninguna de las dos: ninguna  
Caiga jamás entre sus manos viva.  
—¡Mas dejaros, señor!

—Es importuna

Tenacidad. A Dios mi alma fia;  
Corre, y no dejes ir la hora oportuna,  
Porque siento llegar la última mia;  
Corre: no te se vuelva la fortuna  
Y corran mas que tú Nezim y Lía."

Dijo Idalkan y dando un gran suspiro  
Se retoreió como un reptil: sus ojos  
La luz perdieron, y sus miembros flojos  
Dejando, murmuró; "¡corre....yo espiro!"  
Vió el doctor que remedio no tenia,  
Y que su reflexion era oportuna,  
Y que la astucia y rapidez urgía:  
Y abandonando el rey á su destino,  
Montó de su mejor caballería  
El mejor escuadron hecho ya á empresas  
Tales, y el alba al despuntar, corria  
Con él de Admednaggur por el camino.

Salvó á tiempo el tesoro y las princesas:  
Y cuando detrás de él Nezim y Lía  
Llegaron, figurándose en sus manos  
Tenerlos, de las armas portuguesas  
Y de ellos libre, con las dos partía  
A bordo de un bajel de Venecianos.



Mas nunca un mal va solo: los pesares  
 Los eslabones son de una cadena,  
 Y siempre que se rompen son por pares  
 Lo menos. Había hecho á vela llena  
 Una navegacion libre de azares  
 El doctor, con buen viento y mar serena,  
 Y ya, traspuesto Suéz, iba tranquilo  
 Del Cairo á vista descendiendo el Nilo,  
 Cuando cual ruiseñor que, en la estrechez  
 De una jaula, echa menos la nativa  
 Selva dó la crió naturaleza.  
 Con aire, amor y libertad, esquivaba  
 El halago y espira de tristeza  
 Sin dar un vuelo ni exhalar un pío:  
 Así la bella reina SENSITIVA  
 Espiró de pesar en el navío.  
 Nasarina asistió á sus funerales  
 Como á una fiesta, porque aun no podia  
 Comprender ella ceremonias tales:  
 Y el doctor encontrando á Alejandría  
 Centro de los negocios comerciales,  
 Dó emplear con ventaja lograría  
 De su tesoro real los capitales,  
 Allí se estableció: é inteligente  
 Enviando á un tiempo á la India y á Venecia,  
 A Egipto, á las Américas y á Grecia,  
 Allí un corresponsal, allá un agente  
 Activo, realizar logró en diez años,  
 A fuerza de cuidados y de afanes,  
 Con la ayuda de Dios y por estraños

Medios y hado feliz, todos sus planes.  
 Y su cariño paternal, su fina  
 Penetracion, su prevision esperta,  
 Su fé, su ciencia y su virtud, lograron,  
 Sobre su juventud viviendo alerta,  
 Hacer de la princesa Nasarina,  
 Instruida, opulenta y virtuosa,  
 Cuanto sana y hermosa,  
 Una muger perfecta y peregrina;  
 De modo que á la vega Granadina  
 Al trasplantar despues aquella rosa,  
 Era una rosa sin ninguna espina.”  
 Volvióse á interrumpir por un momento  
 El doctor y á observar á su demente:  
 Y encontrándole atento,  
 Volvió á tomar el hilo de su cuento:  
 Llamando su atencion espresamente  
 Con la mudanza estraña y repentina  
 Con que le dijo con marcado acento:  
 “Atended ahora bien, porque mi historia  
 Concluye, y de su fin se me imagina  
 Que debeis guardar algo en la memoria.  
 Cuando el doctor su princesa  
 Trajo á tierra granadina,  
 Al nombre de Nasarina  
 Dar creyó que era esencial  
 Su traduccion europea:  
 Así es que la niña hermosa  
 Cambió en el nombre de Rosa  
 Su bello nombre oriental.



Dióse el doctor por su padre:  
Y en vez de abrirla la vida  
De la corte corrompida,  
La abrió una vida de paz  
En una casa opulenta  
Por dentro, humilde y modesta  
Por fuera, y situada en esta  
Vega espléndida y feráz.

Y aquí en la cima de un cerro  
A cuyo pié un río corre,  
Tenía un baron su torre  
Y un hijo en la mocedad.  
Vió el mozo á Rosa, acercóse la  
Juzgándola campesina,  
Y ella le clavó una espina  
Del corazon en mitad.

Y amó á Rosa entonces Carlos  
Con un amor tan profundo,  
Que Rosa formaba el mundo  
Para Carlos.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Y á Carlos llegó á amar Rosa  
Con pasión tan verdadera,  
Que el mundo de Rosa era  
Solo Carlos.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. Mas pronto los separaron  
Sus padres: á Italia enviaron  
A Carlos, y se quedaron  
Aquí con Rosa.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Y como igual su constancia  
Resistió á tiempo y distancia,  
Carlos en Italia y Francia  
Se hizo hombre de arte.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Fué á la escuela de Cellini,  
Y llegando á ser tan diestro  
Como su mismo maestro,  
Trabajó, en la soledad  
De su amor, una escultura  
De su saber para muestra:  
Una rosa, obra maestra  
De su cincel.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Volvió y se la dió á su amada  
Con una carta; ella al punto  
Carta y rosa todo junto  
Mostró al doctor. Escuchad.  
El doctor, que amaba á Rosa  
Mas que á sí, pues no podía  
Darla un príncipe, quería  
Darla la felicidad.